

Reflexiones en Torno al 11 de septiembre de 2001 y el Ineludible Deber de Elegir¹

Wanda C. Rodríguez Arocho²
Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico

Era el 22 de noviembre de 1963. Recuerdo con gran nitidez cuando mi padre abrió la puerta que comunicaba el pequeño colmado que tenía con la sala de la casa y dijo: "mataron a Kennedy". Recuerdo a mi madre saliendo apresurada de la cocina riñéndole por la mala costumbre de estar siempre bromeando y porque esa broma "era el colmo". No tengo memoria de lo que él le contestó, si acaso lo hizo. Sólo recuerdo que apresuró mucho el paso y encendió el televisor. Mientras veía las imágenes que acompañaban la noticia y las reacciones de mi padre y mi madre, trataba de entender lo que estaba sucediendo con las herramientas cognoscitivas de una niña de once años. Pasarían muchos años antes de que entendiera que tanto el reportero del noticiario como mi padre y mi madre realizaban actos de significación y que, al hacerlo, independientemente del nivel de conciencia que tuvieran de ello, elegían. Hoy, con el beneficio de una educación formal que mi padre y mi madre no tuvieron, con una tecnología mucho más sofisticada para auxiliar y expandir la memoria, y con otras estrategias a mano para el manejo y análisis de información, también trato de entender los acontecimientos del pasado 11 de septiembre. Al compartir estas reflexiones respecto a nuestros actos de significación y nuestras posibilidades de entendimiento, me propongo crear conciencia de una elección que no podemos eludir.

¹ Discurso presentado como Psicóloga Distinguida del Año 2000 en la Convención Anual de la Asociación de Psicología de Puerto Rico el 2 de noviembre de 2001.

² Puede comunicarse con la autora al CUSEP/UPR, P.O. Box 23174, San Juan, P.R. 00931-3174 o a wandacr@caribe.net

Me parece pertinente y necesario explicitar desde dónde construyo las reflexiones que voy a compartir. Quienes conocen mi trabajo han podido anticipar que elaboro estas reflexiones a partir de la perspectiva históricocultural. En la psicología esta perspectiva se asocia generalmente con el trabajo seminal de Lev S. Vygotski (1997). Como los y las especialistas en este trabajo han demostrado, el origen y desarrollo de la perspectiva históricocultural se centra en la idea de que la mente tiene un origen social. Se plantea que la mente emerge y ejecuta sus actividades por vía de interacciones y prácticas sociales en las que utiliza herramientas y símbolos producidos en el curso de la historia cultural.

Como perspectiva para abordar los problemas de la psicología, el enfoque históricocultural tiene como objetivo elaborar explicaciones de los procesos mentales que reconozcan la relación esencial entre dichos procesos y los escenarios culturales, históricos e institucionales en que se manifiestan (Wertsch, 2001). Se supone que la acción humana, incluidas las acciones mentales como recordar y razonar, está inherentemente ligada a los contextos en que se manifiesta. En consecuencia, se considera imposible dar cuenta de la acción humana sin tomar en consideración los escenarios culturales, históricos e institucionales en que dicha acción ocurre y las formas en que la propia acción humana produce, reproduce y transforma dichos escenarios mediante el uso de herramientas y símbolos. Dado que las herramientas y los símbolos se construyen en vida social y cambian en función de complejas dinámicas que resultan en variados arreglos en la organización social, es de esperar que distintas épocas y culturas produzcan distintas mentalidades. Desde su fundamento, entonces, la perspectiva históricocultural asume la construcción social del conocimiento y el problema de la significación como dimensiones esenciales en el análisis de la acción humana. Esto resalta su valor como herramienta para aproximarnos a cualquier problema humano. En el caso que nos ocupa se trata de los problemas de la significación y del entendimiento, y de nuestro posicionamiento frente a ellos.

En el contexto de los debates contemporáneos en la filosofía de la ciencia y de la producción actual de textos en nuestra disciplina

que elaboran argumentos para repensar la psicología, parecería innecesario enunciar que el conocimiento es una construcción social y que nuestros entendidos de los fenómenos están condicionados por la perspectiva desde la que nos aproximamos a ellos. Sin embargo, a pesar de que actualmente, tanto en nuestra disciplina como en muchas otras, se acepta explícita o implícitamente la fragilidad de las verdades absolutas, muchas de nuestras prácticas cotidianas se asientan en principios absolutos. Lo bueno y lo malo, lo enfermo y lo sano, lo justo y lo injusto son sólo algunas de las dicotomías que nos sirven de referente para guiar nuestros actos. Cada uno de nosotros y nosotras obra a partir de creencias, valores, razonamientos, intuiciones y, por qué no decirlo, hasta de reacciones viscerales. Eso parece ser propio de la condición humana, aunque a veces no reflexionamos sobre ello. Pero, lo cierto es que con frecuencia obramos como si esas creencias, valores, razonamientos, intuiciones y respuestas emocionales que nosotros y nosotras encarnamos fueran el reflejo de una verdad absoluta.

En un artículo del filósofo Isaiah Berlin fechado en 1981 y reproducido en *The New York Review of Books* el 18 de octubre de 2001 por su pertinencia como marco referencial para significar los acontecimientos del 11 de septiembre, el autor señala que pocas cosas han hecho más daño a la humanidad que la creencia por parte de individuos o grupos de que están en posesión exclusiva de la verdad con respecto a cómo vivir, a qué ser y qué hacer, y que las personas que no creen como ellos y ellas no sólo están equivocadas sino locas y necesitan ser restringidas o suprimidas. Berlin señala que la historia ha demostrado que es terrible y peligrosa la arrogancia de creer que sólo algunos individuos o grupos están en lo correcto y nos exhorta a hacer un esfuerzo por penetrar y entender creencias y valores diferentes a los nuestros. En esa misma dirección apuntan los trabajos más recientes del prominente psicólogo estadounidense Jerome Bruner (1986; 1990; 1996), quien nos habla de mundos reales y mundos posibles construidos en nuestros actos de significación y nos señala la educación como la herramienta para explorar y negociar significados.

En teoría, supongo, y particularmente entre estudiosos y

estudiosas de la psicología, la mayoría de nosotros y nosotras estaremos de acuerdo con Berlin y con Bruner en que el significado de cualquier acto, proposición o encuentro es relativo a la perspectiva del marco de referencia en términos de la cual se construye dicho significado. Por lo tanto, conocer la perspectiva es una condición necesaria para entender. Entender plenamente lo que algo significa requiere algún nivel de conciencia de los significados alternos que puedan adscribirse al objeto en escrutinio. Entender algo de una forma no impide entenderlo de otra. Entender una posición no significa estar de acuerdo con ella. El acuerdo o desacuerdo con dicha posición dependerá tanto de las reglas de evidencia, consistencia y coherencia que se adopten como de nuestros juicios valorativos.

En los días que han seguido al 11 de septiembre se ha producido una gran cantidad de textos para documentar y describir las atrocidades de ese día y sus secuelas. Las nuevas tecnologías nos han permitido experimentar la incredulidad, el dolor, la indignación, la ira y la frustración de una manera sin precedentes en la historia. La mayoría de estas producciones culturales, sin embargo, no han promovido nuestra reflexión con respecto a las variantes en la significación de los mismos y a la diversidad de formas de entenderlos. Los medios de comunicación que suministran la información que utilizamos para elaborar nuestro entendimiento se han caracterizado por ofrecernos una versión de los hechos. Esta versión ha enfocado tal vez las causas de estos hechos, pero no sus razones. Peor aún, de entrada se ha aludido a la sinrazón, al sin sentido de lo ocurrido.

Dada la forma en que se puede delimitar nuestra comprensión de lo ocurrido, es pertinente establecer la diferencia entre causas y razones en la explicación de la conducta humana. El filósofo de la ciencia Stephen Toulmin (1982) ha señalado que desde que Galileo y Descartes establecieron las directrices de la ciencia moderna los intentos del ser humano por comprenderse se han estrellado contra las razones. Por un lado, el quehacer científico se ha caracterizado por satisfacer una necesidad causal que nos ha legado categorías físicas y mecánicas para elaborar nuestro entendimiento del mundo en que vivimos. Por otro lado, señala Toulmin, "tanto los científicos como los no científicos han

seguido pensando y actuando, tomando posturas, criticándose unos a otros y justificándose; y cómo factores relevantes para una justificación de su conducta han citado, no las causas físicas o mecánicas que subyacían a sus acciones, sino las razones por las que actuaron como lo hicieron" (p.19).

Los informes que hemos recibido de los acontecimientos del 11 de septiembre se han caracterizado por su énfasis en las causas, no en las razones. De hecho, la información para pensar sobre las razones ha sido limitada. La mayoría de las personas en nuestro continente ha tenido acceso a una sola interpretación, a una sola perspectiva, y ha concluido que estamos ante un hecho no sólo abominable (en lo que creo que la mayoría de nosotros y nosotras estaremos de acuerdo) sino incomprensible e inexplicable en lo que, en lo personal, me resisto a estar de acuerdo. Me resisto porque, desde la perspectiva que me aproximo a los problemas de estudio en la psicología, me es imposible sustraer lo ocurrido de su contexto históricosocial y geopolítico. Me resisto porque buscando entender y explicar la acción humana desde un paradigma de complejidad no puedo conformarme con explicaciones sencillas que coloquen en una sola persona, se llame Osama Bin Laden o George W. Bush, la responsabilidad absoluta de los hechos, de sus antecedentes y de sus consecuencias. Me resisto porque al abdicar la capacidad de plantear interrogantes, de buscar respuestas, de cuestionar la información que recibo, de debatir sin temor mis ideas y compartir mis sentimientos y de enfrentar mis contradicciones, estaría abdicando una parte fundamental de lo que soy, de lo que quiero ser.

Una fracción mínima de los textos producidos a partir del 11 de septiembre y en referencia a los sucesos de ese día han promovido la reflexión individual y colectiva. En uno de ellos, Edward Said (2001), un profesor de literatura comparada en la Universidad de Columbia, nos previene sobre los peligros de la lectura superficial de los hechos y nos exhorta a mirar la complejidad y la diversidad en la historia. Said convoca a quienes tenemos la posibilidad de hacerlo a asumir responsabilidad intelectual, a ser partícipes en la construcción de un sentido crítico de la actualidad. Es una convocatoria valiente que nos propone la

difícil empresa de penetrar el universo de significados de otras personas de quienes sabemos nada o muy poco. La empresa de buscar y elaborar sentido, de por sí complicada, se torna riesgosa cuando se mira con sospecha y suspicacia, cuando el fantasma del macarthismo se hace presente de muchas formas y sentimos temor de expresar ideas o formular preguntas que puedan hacernos ver como enemigos y enemigas del Estado y del orden institucional.

Pese a lo complicado y riesgoso de la empresa que nos propone Said, la misma debería resultarnos al menos viable a quienes hemos optado por la psicología como actividad profesional. ¿O acaso en lo que hacemos no se trata de entender la mente y explicar el comportamiento? ¿Cómo hacerlo sin tomar en cuenta el problema del significado y de los procesos mediante los cuales construimos nuestros entendimientos? Se requiere apertura de mente para estar dispuestos y dispuestas a construir conocimientos y valores desde diferentes perspectivas sin perder el compromiso con los propios valores. Esto se aplica tanto a construir nuestro entendimiento de las realidades en el Medio Oriente (no olvidemos que es una región amplia y diversa) como a nuestro entendimiento de los entramados de significados que otras personas con quienes convivimos comparten. ¿Qué esfuerzo hacemos por tratar de entender los procesos de significación de quienes tienen preferencias sexuales, creencias religiosas o convicciones políticas distintas a las nuestras? ¿Por comprender los procesos de significación de los usuarios y usuarias de drogas y el mundo del narcotráfico? ¿Por ponernos en el lugar de quienes arriesgan la vida en el estrecho de La Mona buscando visa para un sueño porque no les llueve café en el campo o en el lugar de los balseros y balseras que tratan de llegar a las costas de Miami?

Independientemente del nivel de conciencia que tengamos de ello, nuestro mundo cambió en muchos sentidos el 11 de septiembre de 2001. Estos acontecimientos nos han colocado en una encrucijada. La construcción de significados sobre lo ocurrido es un proceso complejo e inacabado. Cada uno de nosotros y nosotras deberá decidir cómo se inserta en ese proceso. Cada uno o una debe hacer una elección, como concluyera Noam Chomsky a sólo dos días de los acontecimientos. Debemos elegir

entre tratar de entender lo ocurrido o rehusarnos a hacerlo. Debemos decidir si nos conformamos con las causas o buscamos las razones; si nos conformamos con descripciones o construimos explicaciones. Seguramente, tenemos temores y deseos al enfrentar la disyuntiva pero, no hay otra opción, tenemos que elegir.

Referencias

- Berlin, I. (2000, Octubre 18). Notes on prejudice. *New York Book Review* [En línea]. Disponible: www.nybooks.com/articles/14625. Accesado el 18 de octubre de 2001.
- Bruner, J. (1986). *Actual minds, posible worlds*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bruner, J. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bruner, J.S. (1996). *The culture of education*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Chomsky, N. (2001, Noviembre 11). *On the bombings*. [En línea]. Disponible: www.attachonamerica.net/noamchomsky.htm. Accesado el 11 de noviembre de 2001.
- Toulmin, S. (1982). Razones y causas. En R. Borger & F. Cioffi, (Eds.). *La explicación en las ciencias de la conducta* (pags. 19-50). Madrid, España: Alianza Editorial, S.A.
- Said, E. (2001, 19 de septiembre). Pasión colectiva. *El país* [En línea]. Disponible: www.elpais.es. Accesado el 19 de septiembre de 2001.
- Vygotsky, L.S. (1997). The history of the development of higher mental functions. En R.W. Rieber (Ed.). *The collected works of L. S. Vygotsky, Vol. 4*. New York, NY: Plenum Press.
- Wertsch, J. V. (1991). *Voces de la mente: Un enfoque sociocultural para el estudio de la acción mediada*. Madrid, España: Aprendizaje-Visor.

Reflections Concerning September 11th and the Unavoidable Duty of Choice

Wanda C. Rodríguez Arocho²
University of Puerto Rico, Puerto Rico

It was November 22, 1963. I clearly remember when my father opened the door that lead from our convenience store into our living room and said: "Kennedy was shot". I remember my mother coming out of the kitchen in a hurry while arguing with my father about his bad habit of joking about everything, because that joke "was the last straw". I do not remember what my father replied, if he ever did. I only remember him walking faster toward the TV set, and turning it on. As I watched the images on the TV news, as well as my father and mother's reaction, I tried to understand what was happening. I was trying to figure it out with the cognitive skills of an 11 year old girl. Many years went by before I realized that the news reporter, my father and my mother were all engaging in acts of meaning, which regardless of their level of consciousness they would use to decide. In our times, I am still trying to understand the September 11th events. This effort is aided by a formal education that my father and my mother did not have, by means of much more sophisticated technology to improve and extend memory, and by other strategies for managing and analyzing information. Sharing these reflections on our acts of signification and of our possibilities to understand them, I intend to acknowledge a decision we can not elude.

I believe it is relevant and necessary to explain the foundation of the reflections I am going to share with you. Those who are

¹ Speech presented for the Outstanding Psychologist Award of 2000 of the Annual Convention of the Puerto Rican Association of Psychology, November 2, 2001.

² You can contact the author at CUSEP/UPR P.O. Box 23174, San Juan, P.R. 00931-3174 or at wandacr@caribe.net

familiar with my work can anticipate that I elaborate these reflections stemming from a historical-cultural perspective. In psychology, this perspective is associated with the seminal work of Lev S. Vygotski (1997). As specialists in this field have demonstrated, the historical-cultural perspective originated and developed from the idea that the mind has a social origin. The mind emerges and performs activities by means of interactions and social practices, which in turn make use of skills and symbols produced in the course of cultural history.

The objective of the historical-cultural perspective, as a point of view to approach psychology's problems, is to elaborate explanations of the mental processes that recognize the essential relationship between such processes and the cultural, historical and institutional settings in which they occur (Wertsch, 2001). Human action, including mental actions such as recalling and reasoning, is supposed to be inherently linked to the contexts in which it manifests itself. Therefore, to account for human action and not take into consideration the cultural, historical and institutional scenarios in which such action takes place, is considered impossible. It is necessary to consider as well, the ways in which the action itself produces, reproduces and transforms such scenarios by means of skills and symbols. We should expect different epochs and cultures to produce different mentalities since skills and symbols are formed in social life. Both skills and symbols change due to the complex dynamic processes of the diverse arrangements in social organization. Therefore, the foundation of the historical-cultural perspective considers as essential dimensions for the analysis of human action, both the social construction of knowledge and the problem of signification. It enhances its value as a skill to approach any human problem. In this case, we are concerned with the problems of signification, of understanding, and of our positions towards both of them.

Based on the context of contemporary debates within the philosophy of science and on the current production of texts in our discipline, texts that elaborate arguments to reconsider Psychology, it would seem unnecessary to state both that knowledge is a social construction and that our understanding of such phenomenon is conditioned by our own perspective. Even

though, today, the fragility of an absolute truth is accepted either explicitly or implicitly in our field, as well as in other fields, many of our daily practices are based on absolute principles. Some of the dichotomies that could be useful references to guide our acts are right or wrong, sick or healthy, fair or unfair. Every one of us acts according to a set of beliefs, values, reasoning, intuition and, why not say it, even according to visceral reactions. It seems to be inherent to human nature, even though, we might not reflect on it sometimes. Nevertheless, the truth is that most of the time we act as if that set of beliefs, values, reasoning, intuition and emotional responses, that we incarnate, were the reflections of an absolute truth.

The philosopher Isaiah Berlin wrote an article in the year 1981, which was published in *The New York Review of Books* on October 18, 2001. The article is relevant as a frame of reference to signify the events of September 11th. The author points out that nothing has been more harmful to humanity than some individuals or groups of individuals who believe that only they hold the absolute truth. The absolute truth on how to live, on how to be and on what to do, as well as the belief that people who do not share their view are not only wrong but crazy, and that they should be restricted or suppressed. Berlin points out that history has proven how terrible and dangerous is the arrogance of believing that only some individuals or groups of individuals are right. He asks us to make an effort in order to penetrate and understand beliefs and values different from our own. The work of the prominent North American Psychologist Jerome Bruner (1986, 1990, 1996) goes in the same direction. His work deals with real worlds and possible worlds built upon our acts of signification. Bruner points out education as a means to explore and negotiate meanings.

I suppose, theoretically speaking and particularly among psychologist, that most of us would agree with both Berlin and Bruner. We would agree with them regarding the fact that the meaning of any act, proposition or encounter is relative to the perspective of the frame of reference upon which that meaning is built. Therefore, understanding is necessarily conditioned by perspective. Understanding requires some level of consciousness of the alternate meanings that could be ascribed to the scrutinized

object, in order to fully comprehend its meaning. Understanding one meaning does not prevent us from understanding another. Understanding one point of view does not imply that we agree with it. Whether we agree or disagree with a point of view will depend upon the rules of evidence, consistency and coherence that we adopt as our value judgements.

During the days after the September 11th events, a large number of texts have been produced in order to document and describe its atrocities and its aftermath. Modern technology has allowed us to experience feelings of incredulity, pain, indignation, anger and frustration in a manner never before experienced in history. Nevertheless, most of these cultural productions have not encouraged our reflection on its various meanings and the various ways of interpreting them. The media, which provides the information we use to elaborate our understanding, have been characterized by providing only one side of the story. This side of the story has focused, perhaps, on the causes and not the reasons of the event. Even worse, since the very beginning it has referred to the unreasonableness and senselessness of what happened.

Given the ways in which we can frame our understanding of what happened, it is relevant to establish the difference between the causes and the reasons when explaining human behavior. Scientific philosopher Stephen Toulmin (1982) has pointed out that, ever since Galileo and Descartes established the guidelines for modern science, humankind's attempts in order to understand itself has clashed with the reasons. On the one hand, scientific efforts have been characterized by satisfying a need for causes, which in turn have provided us with physical and mechanical categories to elaborate our understanding of the world we live in. On the other hand, Toulmin states "both scientific and unscientific individuals have kept on thinking, acting, taking a stand, criticizing one another and justifying themselves relying on the reasons. Both have relied on the reasons as relevant factors when justifying their behavior instead of relying on the physical or mechanical causes underlying their actions" (p.19).

The reports of the September 11th events have been characterized by an emphasis on the causes and not the reasons. In fact, information to encourage a reflection about the reasons has been limited. Most of the people in our continent have had

access to only one interpretation or perspective. They have come to the conclusion that we faced not only an abominable act (I believe most of us would agree) but an incomprehensible and inexplicable act as well. Personally, I refuse to agree with the latter. I refuse to do so because I can not separate the events from their historical-social and geopolitical contexts. It is impossible for me to do so because of the perspective with which I approach problems in psychology. I refuse to do so because I am trying to understand and to explain human behavior from a paradigm of complexity. Therefore, I cannot settle for simple explanations of the acts, its antecedents and its consequences; simple explanations that blame it all on one person whether that person is Osama Bin Laden or George W. Bush. I refuse to do so because I would have to abdicate my ability to ask questions, to look for answers, to debate the information I receive and to think without fear. It would mean abdicating my ability to share my feelings and to face contradictions. In doing so, I would abdicate a fundamental part of who I am and who I am determined to be.

Of the texts produced after September 11, 2001 that do refer to what happened on that day, very few have encouraged reflection, whether individual or collective. Edward Said (2001) is a professor of Comparative Literature at the University of Columbia and is the author of one of those few texts. Edward Said warns us about the danger of a superficial reading about what happened on that day. He urges us to see the complexity and the diversity of the event in history as its context. Edward Said calls upon us, who hold in our hands the possibility to act, to assume the intellectual responsibility and to build a modern critical sense. It is a daring summon because it proposes the difficult enterprise of penetrating the universe of meanings in the mind of people we know too little or nothing about. The enterprise of finding and elaborating a critical sense is difficult in itself. It becomes dangerous when it is viewed with suspicion, when the ghost of McCarthyism becomes present in many ways and when we fear to express our ideas or to ask questions which might give the impression that we are the enemies of the State and of the institutional order.

The enterprise proposed by Said, regardless of its complexity and its risks, should be feasible at least for us who have chosen

psychology as a profession. It is not part of our job to understand the mind and explain behavior? If we do not take the problem of meaning and the processes by which we build our understanding into consideration, how are we ever going to achieve it? In order to be willing to build new knowledge and values from different perspectives, without abdicating our own values, it is necessary to have an open mind. This also applies when we are building our own understanding of the realities of the Middle East (a vast and diverse region) as well as when we are trying to understand the intricate meanings of the people we live with. Have we ever made an effort to understand the signification processes of those who have sexual preferences, religious beliefs and political convictions different from ours? Have we ever tried to understand the signification processes of drug users within the world of drug traffic? Have we ever try to fill the shoes of either the people who risk their lives in the Strait of La Mona in search of a dream "because it's not raining coffee in their country" or of the rafters who try to reach the shores of Miami?

Regardless of our level of awareness, our world changed in many ways on September 11, 2001. The events on that day have placed us at a crossroads. Building meanings about what happened is a complex and unfinished process. Each one of us must decide how he or she fits in it. Each one of us must decide, as Noam Chomsky concluded just a couple of days after it happened. We must choose between trying to understand what happened or refusing to do so. We must decide whether to settle for the causes or search for the reasons; whether to settle for descriptions or build our own explanations. Certainly, when facing these disjunctives we face both fears and desires, but there is no other choice, we must decide.

References

- Berlin, I. (2000, October 18). Notes on prejudice. *New York Book Review* [On line]. Available: www.nybooks.com/articles/14625. Accessed on October 18, 2001.
- Bruner, J. (1986). *Actual minds, possible worlds*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bruner, J. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bruner, J.S. (1996) *The culture of education*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

- Chomsky, N. (2001, November 11). *On the bombings*. [On line]. Available: www.attachamerica.net/noamchomsky.htm. Accessed on November 11, 2001.
- Toulmin, S. (1982). Razones y causas. In R. Borger & F. Cioffi, (Ed.), *La explicación en las ciencias de la conducta* (pp. 19-50). Madrid, España: Alianza Editorial, S.A.
- Said, E. (2001, September 19). *Pasión colectiva*. El país. [On line]. Available: www.elpais.es. Accessed on September 19, 2001.
- Vygotsky, L.S. (1997). The history of the development of higher mental functions. R.W. Rieber (Ed.). *The collected works of L.S. Vygotsky, Vol. 4*. New York, NY: Plenum Press.
- Wertsch, J.V. (1991). *Voces de la mente: Un enfoque sociocultural para el estudio de la acción mediada*. Madrid, España: Aprendizaje- Visor.